



Chile  
en los ojos de  
Darwin



Claudia Urzúa

LAUREL



CHILE EN LOS OJOS DE DARWIN  
Claudia Urzúa





Claudia Urzúa

## CHILE EN LOS OJOS DE DARWIN

Retrato del país físico y humano  
en veinte meses de viaje





## Una manera de mirar

En el siglo XIX, el bergantín *Beagle* fue una de las tantas naves que la Corona británica envió a los mares del sur a realizar cartografía náutica y descripciones geográficas de las costas y de hitos inexplorados. Con ese fin, realizó varios viajes al mando de distintos capitanes, pero pasó a la historia por uno solo, el que proveyó del material necesario a un naturalista para formular una teoría revolucionaria sobre el origen de la vida en la Tierra.

Cuando se embarcó en 1831, casi a último momento y en calidad de invitado, Charles Darwin era un joven inglés de veintidós años, alto, de despiertos ojos azules y frente despejada en la que brillaba la inteligencia y se insinuaba una calvicie precoz. Tenía inquietudes y talento para la ciencia, pero hasta entonces le había faltado la voluntad para dedicarse a ella. Por supuesto, tampoco tenía la menor idea de lo que saldría de los hallazgos y reflexiones de su único viaje.

Esa travesía del *Beagle* es, hasta hoy, un referente y una fuente de inspiración para científicos, aventureros y navegantes. Imaginemos el pequeño bergantín acorbetado que circuló por territorios misteriosos y desafiantes, soportó semanas de tormenta en el Cabo de Hornos y afrontó la furia de los océanos en todos los pasos abiertos que le tocó navegar.

Para Darwin, la travesía también fue interior: en esos cinco años, él, que no había terminado sus estudios superiores e iba para clérigo anglicano, encontró su vocación. A Inglaterra volvió convertido en un hombre de ciencia que nunca más perdió el rumbo.

Infatigable en el trabajo, curioso y abierto a las experiencias nuevas, el naturalista posó su mirada aguda no solo en las especies y





el paisaje sino también sobre las personas que iba conociendo en el camino. De hecho, estuvo en tierra más de la mitad del periplo, contando cada oportunidad en que el *Beagle* tocó puerto.

Chile fue una etapa importante de su investigación. Entre idas y vueltas, pasó veinte meses realizando el trayecto más completo que pudo, mediante extensas cabalgatas por tierra y largas jornadas en el mar. De esta forma pudo hacerse una idea del país que Chile era entonces, y recorrerlo con un grado de detalle del que no pueden jactarse muchos chilenos ni siquiera hoy. Lo conoció de cordillera a mar, de sur a norte, y se sumergió con intensidad en la historia natural de la cordillera de los Andes, el fértil valle central, el bosque valdiviano, los campos verdes y redondos de Chiloé y el Cabo de Hornos.

La naturaleza desplegó ante el joven británico los espectáculos propios de estos parajes, incluido un terremoto, pero también le proporcionó momentos de contemplación en los que reflexionaba y daba forma a las ideas que poco a poco iban dibujándose en su mente. Sobre la cima de una alta cumbre, mientras descansaba de la ascensión, Darwin pensó en cómo pudo formarse la Tierra al imaginarse que la niebla que bañaba los valles era el agua que, siglos atrás, cubrió el planeta.

La joven sociedad chilena también le dio qué pensar. Mientras que en Santiago, Valparaíso y Coquimbo fue recibido en los salones, en los caminos conoció la pobreza de los campesinos y la sacrificada vida de los mineros. Manifestó su rotundo desacuerdo con las diferencias y desigualdades entre empleados y patrones con la misma claridad de vocabulario con que hizo observaciones científicas sobre geología y especies, sin preocuparse de ser políticamente correcto, por usar una denominación de nuestros tiempos.





Mucho, quizás todo, de lo que le ocurrió en su viaje quedó inscrito en miles de hojas llenas por ambos lados con su letra menuda y casi ininteligible. Sus abundantes notas, cartas y apuntes no solo constituyen piezas fundamentales para la historia de las ciencias biológicas y del comportamiento, sino también la puerta de acceso a la intimidad de un hombre extraordinario. Especialmente en sus cartas, da muestras de un sentido del humor algo negro que lo llevaba, en primer lugar, a burlarse de sí mismo, y luego a minimizar las penurias propias del viaje.

Este relato no pretende explicar los alcances y el significado de la teoría de la evolución, el increíble legado que Darwin dejó a la ciencia, y cuyas relecturas continúan hasta el día de hoy. Tampoco es una biografía del naturalista inglés. Es la historia de su viaje a bordo del *Beagle*, y específicamente, de una parte de su trayecto. Es la crónica de lo que vio, descubrió y pensó Charles Darwin durante su paso por Chile, desde sus pequeñas preocupaciones diarias hasta las grandes ideas que iluminaron su mente.

C.U.





**UNO**  
**La mitad del viaje**





En un fondeadero de las islas Falkland, el bergantín inglés *Beagle* se recupera de su paso por los mares australes. Y en el minúsculo camarote que comparte con dos oficiales, en su calidad de naturalista invitado, Charles Darwin, de veinticinco años, comienza una carta para su hermana Catherine.

El *Beagle* está anclado en el estrecho de Berkeley, frente a la costa oriental de la isla Soledad. Darwin está de regreso a bordo después de una de sus acostumbradas expediciones por tierra. No pierde la oportunidad de salir a caminar y coleccionar especímenes en cada puerto donde se detienen. Pero las Falkland no lo inspiran mucho: el paisaje es monótono, llueve constantemente y corre un viento molesto. Además, es el escenario de una guerra, una que a Darwin le parece absurda e injustificada. Está disgustado por el derramamiento de sangre protagonizado por ingleses y argentinos, cuyo último episodio tiene como figura central a un solitario teniente inglés que protege la bandera y encabeza una colonia formada por exreclusos y fugitivos de la justicia.

En marzo de 1833, durante su primera recalada en esas costas, la guerra estaba en el aire y sus pruebas teñían el suelo. El *Beagle*, que en esencia era una nave militar perteneciente al Almirantazgo británico, combinó en esa oportunidad su labor de inspección y reconocimiento de los mares de Sudamérica con el objetivo de reforzar la presencia inglesa.

En la primera parada en las Falkland, la tripulación del bergantín vivió también una tragedia íntima: la muerte del grumete Edward Hellyer, quien se ahogó al quedar atrapado en el bosque de algas submarinas cercano a la costa mientras trataba de alcanzar el cuerpo de un pato al que había disparado. Fue sepultado en medio de esas soledades.





Afectado por la muerte de su compañero de tripulación, incómodo por el ambiente bélico que imperaba en el lugar, Darwin decidió desentenderse de los dramas humanos y concentrarse en lo suyo: la exploración de la naturaleza. Caminó por la tristonra playa de Port Louis buscando restos fósiles y tuvo éxito al encontrar numerosas conchas en las rocas más altas, consideradas entonces la forma de vida más antigua sobre la Tierra. Ya había visto algo así en Inglaterra y las denominó elementos de «transición», consciente de su importancia para reconstruir ecosistemas anteriores.



Trece meses más tarde, otra vez en las islas, está dispuesto a empezar otro recorrido, uno que lo llena de emoción. Basta de lluvia, viento y guerras. Por fin el *Beagle* deja el frío y tumultuoso sur del mundo y empieza a subir. Hacia el sol. Hacia la cordillera de los Andes, el hito geográfico que ya ansiaba conocer antes de embarcarse para comprobar en terreno si la formación de la Tierra habría sido gradual y muy lenta, como planteaba el geólogo inglés Charles Lyell.





En Inglaterra, unos días antes de iniciar el viaje, el capitán Robert Fitzroy, amo del *Beagle*, le había regalado el primer tomo de la obra cumbre de Lyell *Principios de geología*, como muestra de aprecio y estímulo a sus futuras actividades científicas.

Más motivado aun por esa lectura, Darwin se proyecta hacia las aventuras que vienen.

Por mientras, decide aprovechar al máximo los días en las Falkland con una expedición por la isla Soledad con dos gauchos y seis caballos. La travesía dura tres días y es un desagrado: llueve sin cesar, graniza y el terreno es un lodazal que hace resbalar a su caballo una docena de veces. Darwin y los gauchos se protegen con las monturas, y hasta los aguerridos hombres de las pampas suspiran por volver pronto a casa. Así y todo se las componen para producir una parrillada al aire libre con una vaca salvaje que cazan los gauchos y a la que asan con cuero y todo. «Asado con cuero», anota el minucioso Darwin, ya que así le cuentan que se llama la típica comida patagónica.

El naturalista vuelve al *Beagle* aterido y poco satisfecho de la cosecha científica: observó pocos animales, la mayoría domésticos, a excepción de un zorro grande cuya población ya estaba bastante disminuida por entonces.

Después de dos años y cuatro meses de viaje, no es el mismo joven elegante y despreocupado que zarpara desde Plymouth el 27 de diciembre de 1831. Físicamente, tiene todo el aspecto de un explorador: su barba es larguísima, sus ropas lucen gastadas y necesita con urgencia un par de bototos nuevos. Aunque hace lo que puede por mantener la mínima higiene, sabe que luce como un pobre —«pero digno»— vendedor ambulante.





Y si él tiene aspecto de mercachifle, su compartimento en el *Beagle* parece un bazar. Cajas, libros, instrumentos científicos, pistolas y rifles ocupan cada centímetro de espacio disponible. Completa el cuadro una colección de piedras, plantas e insectos, y –como él dice– «una hueste» de animales muertos, cazados y embalsamados por él, que fijan en el vacío sus ojos opacos.

Con tan poco espacio no le había quedado más que aprender a organizarse. «Para mi gran sorpresa, he encontrado que un barco es singularmente confortable para todo tipo de trabajo. Todo está a la mano, pero tan obstaculizado que uno está obligado a volverse metódico, con lo que, al final, he salido ganando», le cuenta por carta a su padre, el médico inglés Robert Darwin, en febrero de 1832.

A bordo, examina plantas y pequeños organismos bajo el microscopio, abre y embalsama a los animales, clasifica y rotula los organismos, los mete en cajas y en recipientes de vidrio. No piensa esperar su regreso para comunicarle al mundo las cosas que ha encontrado. Por eso, cada vez que llega a un puerto envía las muestras, por mar, directamente a las manos expectantes del botánico John Stevens Henslow, académico de la Universidad de Cambridge, a quien le debe, en principio, su presencia sobre el *Beagle*.

Aunque el correo marítimo –activado en los puertos donde la marina inglesa tiene presencia– es lo más eficiente de la época, comunicarse es muy lento a principios del siglo XIX. Las cartas que Darwin escribe y recibe de sus parientes y amigos en Inglaterra arriban con una diferencia de hasta seis meses. Por eso ocupa parte de sus misivas en informar sobre el recorrido del *Beagle*, para que hagan contacto con él entre puerto y puerto. Para todo efecto, su dirección es «Charles Darwin, H.M.S. *Beagle*, S. American Station».





El joven naturalista escribe disciplinadamente. Así sigue en contacto con la familia que lo espera en Shrewsbury, inmersa en una rutina de campiña inglesa a lo novela de Jane Austen.

Caballeros elegantes siempre dispuestos a salir de caza o a tomar un vaso de licor frente a la chimenea; señoras y señoritas ocupadas en el bordado y otras labores de casa mientras comentan, con distintos grados de inocencia, los acontecimientos en la vida de los vecinos. Darwin extraña esos cotilleos y no deja de celebrarlos cuando alguna de sus tres cariñosas hermanas se los reproduce con detalles en las añoradas cartas. Él les cuenta, a cambio, aspectos de su rutina diaria o del desarrollo del viaje, a veces vibrante de humor y entusiasmo, otras sombrío y quejumbroso.

En sus cartas incluye minuciosas explicaciones sobre sus descubrimientos científicos, que su familia lee con suma atención e incluso le comentan de vuelta. Es como si ensayara con ellos la manera correcta de expresar sus ideas antes de ponerlas en el papel para Henslow, el destinatario natural de sus hallazgos. Pues es al profesor de botánica de Cambridge a quien refiere sus avances en terreno, y este le corresponde con comentarios alentadores y profesionales. Además, como un eficiente relacionador público, promueve el trabajo de Darwin entre la comunidad científica para asegurarle una gran bienvenida cuando vuelva del viaje.

Cerca de la costa solitaria de la isla Soledad, en abril de 1834, Charles se siente como un par de aquellos sabios.

El hijo menor y aparentemente no tan brillante del doctor Darwin se ha convertido en un hombre de ciencia. Tiene los ojos llenos de imágenes, el corazón sobrecogido, el cuerpo cansado pero alerta y la mente llena de preguntas y asociaciones incipientes. Una tras otra va rellorando sus pequeñas libretas de cuero con datos y





observaciones. Su transformación, de naturalista aficionado a riguroso científico, avanza gracias al esfuerzo que hace por poner en palabras sus pensamientos.

Está en posesión de algo que le parecía esquivo. Una vocación. Y ahora, además, se siente respaldado.

Es un estado de ánimo completamente opuesto al que experimentó en su primera visita a las Falkland. Entonces, agotado por la navegación, triste por la muerte de Hellyer, molesto por la guerra, una preocupación esencial lo torturaba. No estaba seguro de si sus observaciones eran correctas o si los especímenes que aplicadamente enviaba a Inglaterra resultaban de interés para alguien. En esa incertidumbre, la idea de que el viaje pudiera extenderse en el tiempo, como había sugerido el capitán Fitzroy, le producía angustia.

¿Estaba haciéndolo bien o era en vano su trabajo? ¿Valían la pena las inevitables incomodidades, por no decir miserias, de su vida como tripulante, tan distinta de la que conocía desde la niñez?

No era poco lo que había pasado y visto en lo que llevaba de transcurrido el viaje. El *Beagle* había recorrido las costas del Atlántico entre Tenerife y las Falkland, incluidos varios desembarcos. Brasil, Uruguay, Argentina y la misteriosa Tierra del Fuego ya eran parte de sus experiencias. En su mente, además de los fenómenos naturales, se agolpaban las imágenes de pequeños poblados y ciudades organizadas, con sus problemas propios, como la esclavitud en Río de Janeiro y las revueltas políticas en Montevideo y Buenos Aires. América del Sur se encontraba en pleno proceso de emancipación, como pudo observar Darwin, a quien le tocó participar en la represión de un motín en la ciudad uruguaya, por orden de Fitzroy.

Durante el periplo, el naturalista había realizado numerosos hallazgos en tierras tan disímiles como la exuberante selva brasileña y





la árida pampa argentina, de acuerdo al modo de trabajar que hizo propio desde el principio: cada vez que llegaban a puerto, se internaba en expediciones terrestres a caballo, tomando guías locales y en la compañía ocasional de otros compañeros de tripulación.

Entre febrero y agosto de 1832 recorrió áreas de la selva brasileña que le regalaron imágenes inolvidables hasta el fin de sus días. «¡Qué día encantador! Aunque *encantador* es un adjetivo que no alcanza para expresar los sentimientos que produce en un naturalista explorar por primera vez una selva brasileña. La elegancia de las hierbas, la novedad de las plantas parásitas, la belleza de las flores, el deslumbrante verde de las hojas, y sobre todo el vigor y el esplendor general de la vegetación, me llenan de admiración. Una extraña mezcla de ruido y de silencio reina en todos los lugares cubiertos de bosque...», expresó, a propósito de Salvador de Bahía.

Sin descuidar sus observaciones geológicas, que incluían descripciones de formaciones rocosas y paisajes, su colección de naturalista aumentaba con organismos de todos los tamaños. Había capturado formas marinas microscópicas usando una red de arrastre. En tierra no discriminó entre insectos, culebras, aves, ratones o guanacos, algunos de los cuales embalsamaba personalmente con una técnica aprendida en Cambridge.

Entre sus hallazgos preferidos estaban los restos de un ñandú patagónico que logró rescatar antes de que sus compañeros de recorrido lo echaran a la olla. Esa ave, que tenía una especie de primo de mayor tamaño hacia el norte de Argentina, le daría bastante que pensar.

En Bahía Blanca, al sur de Buenos Aires, realizó un descubrimiento cuya trascendencia entonces solo pudo intuir. Entre agosto y septiembre de 1833 se internó a caballo y encontró, en el sector de Punta Alta, excavando en medio del pedregal y del lodo, los restos





de nueve grandes cuadrúpedos prehistóricos, entre ellos tres cabezas y huesos del enorme megaterio, el esqueleto casi completo de un toxodonte –un gigante con dientes de roedor– y restos de «un gran animal con caparazón óseo dividido en compartimentos, muy parecido al del armadillo», que años después sería bautizado como gliptodonte.

No podía saberlo con certeza entonces, pero este hallazgo, junto a los patrones de distribución del ñandú, llegaría a ser uno de los puntos fundacionales de su revolucionaria teoría evolutiva. En *La historia de «El origen de las especies»*, su biógrafa Janet Browne comenta que, tras largas reflexiones, el naturalista vio que la constitución de estos gigantes desaparecidos respondía en líneas generales al mismo patrón anatómico que el de otros habitantes de la pampa.

La sospecha de la continuidad ya estaba instalada en Darwin. También en Punta Alta desenterró los dientes de un roedor parecidos a los del capibara, el ratón más grande de todos, que había cazado en Uruguay.

Antes, en diciembre de 1832, el *Beagle* había alcanzado uno de los puntos clave de esta expedición: Tierra del Fuego. Además de los encargos de la Corona, el capitán Fitzroy estaba decidido a devolver a sus parajes a tres jóvenes aborígenes que había recolectado cual especímenes en un viaje anterior. Darwin llevaba un año a bordo con Jemmy Button, Fueguia Basket y York Minster, de quince, diez y veintisiete años, a los que conoció vestidos con ropas europeas y con quienes se relacionó a medias entre su precario español y los rudimentos de lengua inglesa que los indígenas alcanzaron a absorber durante sus meses de estadía en Inglaterra.

